
ANÁLISIS Y PROPUESTAS PARA EL DEBATE

ENTENDER LA CRISIS

INFLACIÓN, GUERRA Y EMERGENCIA CLIMÁTICA

**> organizar
la respuesta**



anticapitalistas

El capitalismo ha entrado en una nueva fase de crisis múltiple: económica, ecológica y geopolítica. Una nueva fase de la crisis prolongada del capitalismo que se traducirá en una degradación todavía mayor de las condiciones de vida de clase trabajadora a nivel global. Una fase que requiere un análisis pormenorizado de las tendencias de fondo, así como de las políticas con las que las clases dominantes intentan surfear la crisis sistémica.

La inestabilidad política y social, así como el auge de la extrema derecha, son factores ya presentes en las formaciones sociales capitalistas. La clase dirigente trata de responder a esta crisis frenando el descontento social, combinando medidas neo-autoritarias con parches temporales que contrarresten la crisis de sus mecanismos de integración y pacificación social. En esa dialéctica se desarrolla una gran crisis de fondo, que ni siquiera las instituciones políticas del capital se atreven a negar. Es el momento, por tanto, de iniciar un nuevo rearme programático, que permita a la clase trabajadora afrontar la lucha política, que inevitablemente se desarrollará bajo este panorama.

Este documento es una propuesta para la discusión dentro de una serie de actos de debate organizados por Anticapitalistas, con el objetivo de contribuir al rearme de las clases trabajadoras, desde un punto de vista ecosocialista revolucionario y feminista. Nuestro objetivo es ir fijando un horizonte de transformación social anticapitalista a través de las coyunturas temporales, lo cual significa que el factor decisivo será la posibilidad de poner en pie un movimiento político unitario de la clase trabajadora que se articule con capacidad de defensa y ataque en el marco de esta crisis. Esta pequeña contribución solo pretende fijar una serie de líneas para el rearme programático y estratégico, en el marco de un trabajo por constituir dicho movimiento político. Por supuesto, no confiamos en absoluto en delegar esta tarea a los gobiernos de gestión capitalista, ya sean progresistas o conservadores: se trata de construir desde la clase trabajadora un proyecto político hegemónico de conjunto, capaz de dar respuesta los enormes desafíos a los que se enfrenta la humanidad.

“La barbarie reaparece, pero esta vez ella es engendrada en el propio seno de la civilización y es parte integrante de ella. Es una barbarie leprosa, la barbarie como la lepra de la civilización”

Karl Marx, La ideología alemana



El siglo XXI se presenta como el tiempo de las pandemias, el cambio climático y la globalización capitalista. Y también de las guerras. Asuntos íntimamente ligados. Las primeras no se entienden sin las agresiones a la biosfera que realiza el capitalismo, crecientemente depredador, que a escala planetaria abrazó las políticas neoliberales. Sistema que en este momento está viviendo la fractura del modelo de globalización construido durante décadas, lo que ha comportado el recrudecimiento del enfrentamiento interimperialista y una exacerbación de la competencia entre las distintas fracciones del capital y de los estados que las apoyan. Y como telón de fondo una lucha por la hegemonía mundial. Por todo ello podemos afirmar que el capitalismo tardío está entrando en una nueva fase crítica.

Crisis que incluye la invasión de Ucrania por parte de Putin. Invasión que ha desembocado en una guerra que ya ha comportado graves consecuencias, tanto de orden humanitario dentro y fuera de Ucrania, como políticas -particularmente en la Unión Europea y en las relaciones internacionales- o económicas a escala mundial. Asimismo ha supuesto el resurgir del militarismo y de la carrera de armamentos y un plus prestado e inesperado de legitimidad –que no tiene por su misma naturaleza- de la OTAN.

Crisis de la que forman parte los cambios políticos en curso vinculados al neoliberalismo en sus diferentes versiones y su pulsión autoritaria, así como el auge de alternativas y gobiernos reaccionarios que implementan formas muy agudas de neoliberalismo autoritario y de autoritarismo neoliberal. Pero también los titubeantes intentos de salir de la lógica de engendros como el Pacto de estabilidad y crecimiento de la UE.

Crisis que interactúa con la intensificación de los factores que amenazan a la biosfera y en particular su relación con el modelo y crisis energéticos que están en la base del cambio climático, y crisis que adoptó la forma de virulenta pandemia a causa de la intensificación de las relaciones comerciales mundiales que comporta la propia globalización.

Crisis que supone nuevas amenazas y ataque para la mayoría social. Hemos visto resurgir la inflación –que requiere de una explicación de fondo frente a las superficiales que facilita la doctrina convencional- con sus efectos negativos para las clases trabajadoras; inflación que, además, está acompañada de nuevos fantasmas:





repunte de la deuda y recesión.

La situación global diseña un marco sumamente inestable que requiere una crítica a la deriva imperialista, militarista y autoritaria. Pero también a la política social liberal del gobierno español –que en el mejor de los casos implementa medidas compasivas o promete parches paliativos- y a la orientación de la UE por su política de avestruz anti social y belicista subordinada a EEUU.

Inflación, guerra y crisis energética y climática son el tridente que amenazan a la humanidad en el siglo XXI.



ENTENDER LA CRISIS, ORGANIZAR LA RESPUESTA

Tiempos de incertidumbre para la humanidad





“Todo lo sólido se desvanece en el aire; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas”

Marx y Engels. Manifiesto Comunista

Tras la aparición del Covid 19, con el trauma que supuso la interrupción de las cadenas de valor se puso en evidencia la fragilidad sistémica que conlleva la actual división internacional del trabajo, lo que vino a agravar el hecho ya conocido de la escasez de los recursos energéticos fósiles –base del modelo- y de materias primas esenciales para la producción. Tras la pandemia hubo un repunte de la actividad económica internacional sin llegar a los niveles anteriores, pero muy pronto aparecieron nuevos problemas: guerra, crisis energética, abandono de planes de contención del cambio climático, inflación, incremento del precio del dinero, aumento de la deuda soberana y privada en la mayor parte de países y el riesgo de recesión en países centrales como es el caso de Alemania que arrastraría consigo al resto de la UE.

Estamos conociendo un recrudecimiento de la competencia capitalista e interimperialista, una subregionalización de la globalización. Quizás ya tenía razón Marco Revelli cuando hace años afirmó que: “La famosa “aldea global” no es más que un archipiélago”. (“Los límites de la globalización”. Viento del Sur, Nº. 14.). Pero no hay que quitar un ápice de importancia a estos fenómenos porque se dan en el contexto de una grave crisis de gobernanza (por usar la terminología mainstream al uso) en Estados Unidos, Inglaterra –agravada por los efectos negativos de su Brexit- y la Unión Europea cuya construcción política es errática, está gravemente contestada por los gobiernos ultraderechistas y se ve subordinada al dictado de la Casa Blanca.

Las formas concretas que adoptan las relaciones sociales capitalistas se modifican a la misma velocidad y con la misma intensidad que lo hace el propio sistema capitalista en su loca carrera por mantener la tasa de ganancia a toda costa. Y lo hace explotando y saqueando a las personas y a la naturaleza en un sistema económico que el capital ha globalizado y estandarizado a escala planetaria. Esa y no otra es la base del modo de producción capitalista y del modelo productivo que comporta. Ello se ha hecho especialmente evidente en la actual fase del capitalismo tardío, que, en las últimas décadas ha adoptado la forma especialmente agresiva, antisocial y depredadora neoliberal.

El neoliberalismo, en sus distintas modalidades, no es una simple reorganización productiva que se adapta a las circunstancias ni siquiera es meramente un nuevo modelo económico. Supone una transformación del conjunto de las relaciones ecosistémicas, sociales, económicas y políticas que se apoya en nuevos marcos ideológicos y culturales que agravan todas las tendencias negativas implícitas al modo de producción capitalista. Una vez más se cumple, volviendo al Manifiesto Comunista que “la burguesía no existe sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de trabajo, es decir, todas las relaciones sociales”.

Es evidente que las recetas clásicas neoliberales han mostrado que lejos de crear la riqueza y prosperidad prometida por sus defensores, suponen un plan sistemático contra la clase trabajadora y los pueblos. Pero, a su vez, podemos constatar que actualmente no sirven para sacar de la crisis sistémica al capital cuyos intelectuales y gobernantes buscan, sin encontrarlas, nuevas fórmulas. Mientras tanto en EEUU y la UE se han adoptado “medidas extraordinarias provisionales” que en parte desdicen viejas ortodoxias pero que todavía no configuran una nueva. Simplemente el capitalismo ha echado mano del estado, como siempre, para que asegure sus intereses y la estabilidad social y política en las actuales circunstancias históricas.

Incluso en estos momentos en los que para salvar al conjunto del sistema el Banco Mundial, el FMI, la Reserva Federal de EEUU, el BCE y demás bastiones de la doctrina neoliberal, propugnan cierta intervención de las administraciones y regulación del capital extraordinaria y temporal, la lógica central sobre el papel de la propiedad privada, el mercado, la apropiación de la plusvalía y el saqueo de los recursos no ha variado. Con esas medidas “coyunturales” no sólo se muestra la falacia del dogma neoliberal del mercado como regulador infalible y universal sino también que una vez más el Estado realmente es el garante de los intereses de conjunto del capital sea por la vía del “laissez faire”, sea al contrario por la búsqueda de nuevas recetas regulacionistas o neokeynesianas que ya no se corresponden con las fracasadas e implacables recetas del ordoliberalismo y sus Pactos de Estabilidad y Crecimiento, pero que, a su vez, y por el momento no tienen un corpus doctrinal alternativo, tal como hemos indicado. Esto, junto a escenarios como el de la profunda crisis que atraviesa el gobierno británico de Liz Truss tras tener que retirar su propuesta fiscal, denotan una crisis de orientación del gran capital. Pero también –si se analiza el conjunto de países capitalistas– que el neoliberalismo es incompatible con las libertades, la democracia y los derechos sociales pero sigue vigente para los gobiernos de buena parte de los países del mundo, muchos de ellos dirigidos por la nueva extrema derecha nacionalista. De ahí las actuales tendencias políticas autoritarias que asolan el norte y el sur globales.

A su vez, la situación mundial también revela una complicación más para la estabilidad capitalista pero también para las tareas revolucionarias. Tal como plantea Mandel *“La internacionalización de las fuerzas productivas tiende hacia la globalización de viejos y nuevos problemas, es decir, hacia la imposibilidad de resolverlos en la escala nacional o incluso continental”*. (Ernest Mandel, El dinero y el poder, México, Siglo XXI Editores). Si los tres principales efectos del modelo vigente son la concentración de la riqueza en una minoría y el aumento de la desigualdad social a escala mundial y en cada país, la proliferación de guerras y conflictos bélicos al servicio del control de los recursos por parte de las empresas transnacionales de los países imperialistas y la degradación de la biosfera, podemos afirmar dos cuestiones. El capitalismo, todavía soportado por los viejos estados-nación, no tiene herramientas políticas para resolver esos problemas con efectos duraderos. Pero, a su vez, las clases trabajadoras en ausencia de un fuerte movimiento obrero internacionalista y de organizaciones socialistas anticapitalistas con influencia de masas, tampoco. Este es uno de los nudos gordianos que deberemos salvar.



ENTENDER LA CRISIS, ORGANIZAR LA RESPUESTA





ENTENDER LA CRISIS, ORGANIZAR LA RESPUESTA

Guerra y aumento del militarismo



“La guerra es un asunto de importancia vital para el Estado, es la provincia de la vida y de la muerte, el camino que lleva a la supervivencia o a la aniquilación. Es indispensable estudiarla a fondo”.

Sun Tsu, El Arte de la guerra

El emperador quedó desnudo en otro aspecto: la globalización “armoniosa” era ficticia y escondía una pugna soterrada entre la potencia hegemónica en declive pero sin competidor militar –EEUU- y la aspirante a sustituirla –China-; pero también dejó al descubierto algo que era ya palpable: la Europa de la UE pierde peso de forma creciente, Rusia pretende volver a la escena como potencia regional al menos y, sobre todo, el centro de gravedad del mundo se ha desplazado hacia el Indo-Pacífico. Pero, atención, el resultado derivado es una intensificación de la guerra como recurso político y económico y de, a su vez, de la conversión de la economía y la política como armas de guerra.

La guerra del siglo XXI es la guerra integral, total, que abarca todos los aspectos. Es militar y es comercial y financiera. Se apoya en dos fuentes de negocio: la destrucción y la reconstrucción. La destrucción se vuelve negocio antes de que se inicien las hostilidades. Y ello es constatable en todos los conflictos habidos en el siglo XXI en los Balcanes, en Oriente Medio o incluso en África. Y no puede olvidarse que las grandes empresas multinacionales petroleras y el gobierno norteamericano buscan, en primer lugar, generar una cuña entre Europa y China, y entre Europa y la India y, por otro lado, una cuña entre Rusia y Europa, y entre Rusia y Asia. A su vez los acuerdos sobre topes a la producción petrolera entre la OPEP y Rusia son muestra de la compleja trama de la política internacional en tiempos de un hegemon, USA, en declive económico si bien conserva su músculo militar. La guerra se convierte en herramienta para la hegemonía y también la homogenización en todos los aspectos.

En ese marco hay que interpretar la agresión de Putin a Ucrania y la reacción de las potencias capitalistas occidentales frente a la misma. De momento el resultado no puede ser más negativo: el sufrimiento de millones de seres humanos, el ataque a la soberanía nacional de un pueblo (el ucraniano), el desprecio por los derechos de otra parte de la población (de identidad rusa), el reforzamiento de la OTAN y la industria militar, la militarización de los discursos sea en Moscú o en Washington y la subordinación de Bruselas al dictado de Biden. La principal víctima de la aplicación de la tecnología militar de última generación es la población civil tanto en este conflicto como en otros escenarios bélicos. Sin olvidar que a la par se produce la represión de las libertades tanto en Ucrania como en Rusia y la implantación de medidas neoliberales y antisociales en ambos países que si bien venían de lejos se han incrementado con la excusa del conflicto.

Nuestra conclusión es que la guerra de Ucrania está siendo una herramienta clave en la reordenación política y reorganización militar en la pugna a escala mundial por la hegemonía económica entre las potencias imperialistas que exige un “nuevo orden mundial” que para Estados Unidos no puede ser otro que afianzar su liderazgo en detrimento de China o de las aspiraciones putinistas de consolidarse como potencia imperialista regional.

En ese contexto, la guerra requiere de la dialéctica de amigos/enemigos que ha llevado en el caso europeo y español actualmente de la mano de Estados Unidos a la creación de un “nosotros” y de un “modo de vida” ficticios frente al otro (Rusia), convertida en el enemigo lo que ya ha provocado reacciones xenófobas, pero también a un cierre de filas (y subordinación) en torno a las posiciones de la burguesía/oligarquía occidental en su pugna con la burguesía/oligarquía rusa. La guerra requiere amordazar la verdad y eliminar toda oposición basada en criterios internacionalistas por la paz.

La guerra de Ucrania ya está teniendo un efecto económico devastador. En primer lugar en la propia Ucrania devastada o por el desvío de recursos rusos para la guerra en detrimento de las necesidades de la población. En el plano internacional la crisis económica y social se verán agravadas por las consecuencias sobre el suministro de energía procedente de Rusia. Ello refuerza la inflación en curso y anuncia el cierre de empresas en toda Europa ante el aumento de los costes energéticos. Pero además, la escasez alimentaria gravita sobre muchos países del sur global cuyo suministro de grano y girasol depende de la producción en suelo ruso o ucraniano. Otro asunto a añadir es la dificultad en el suministro, por ejemplo, a América Latina y África, de fertilizantes. Las hambrunas pueden intensificarse en amplias zonas del planeta.

Y, a la vez, podemos afirmar que al menos a corto plazo podemos concluir que ya hay ganadores económicos del conflicto. Evidentemente los fabricantes de armas radicados en los principales países industrializados occidentales, pero también en concreto los EEUU que se ha convertido en el suministrador europeo por barco de gas enfriado y licuado que resulta mucho más caro que el que llegaba por gasoductos como el Nord Stream. Circunstancia que ha dado alas de nuevo a los defensores de la energía nuclear, al uso de carbón y a la cínica declaración europea de la energía atómica y gasística como limpias.

La movilización de 300.000 reservistas y la anexión territorial decretadas por Putin han sido calificadas como una “loca escalada” de la que estamos viviendo dramáticos golpes y contragolpes. Por su parte EEUU y la OTAN se están volcando en aumentar la capacidad bélica del ejército ucraniano incluyendo sectores que no son trigo limpio, tanto mediante labores de información, como de asesoramiento y entrenamiento así como de cesión masiva de armamento sumamente sofisticado y de personal por diversas vías. Y a nadie se le escapa que esta escalada de la guerra en suelo europeo puede llevar a un salto peligrosísimo en cuanto a la extensión territorial del conflicto y el empleo de armas de destrucción masiva. Por primera vez desde la crisis de los misiles de Cuba en octubre de 1962, el riesgo de una guerra nuclear no había estado tan cercano, tal como corrobora el propio presidente Biden o las amenazas más o menos veladas del putinismo.

Una cuestión a tener en cuenta es que si bien ahora el foco de atención se centra en la guerra de Ucrania, no cabe duda que el teatro de la posible futura y larvada confrontación armada sea en el Pacífico, auténtica obsesión tanto de Biden que está impulsando una alianza para rodear a China como medida preventiva ante la expansión de su influencia como de Xi



Jinping para quien también es una prioridad certificar la hegemonía china en lo que considera su mar. La dinámica belicista es contagiosa y difícilmente controlable. Parar la guerra de hoy es evitar la guerra de mañana.

Lo que pone de relieve la necesidad de redoblar un No rotundo a la guerra como consigna del movimiento obrero internacional. Nuestra posición en este conflicto se basa en tres principios socialistas fundamentales: la independencia de clase con respecto a los gobiernos capitalistas, la solidaridad internacionalista y el derecho de auto-determinación de los pueblos. Y expresamos nuestro apoyo a quienes en Rusia se manifiestan contra la invasión y quienes se niegan a combatir. Solidaridad que hacemos extensiva a los objetores de conciencia ucranianos y rusos. Por ello planteamos un plan de lucha basado en una movilización popular a escala global para frenar una guerra desastrosa.



ENTENDER LA CRISIS, ORGANIZAR LA RESPUESTA

Crisis energética y climática como parte de la crisis ecológica global





La crisis ecológica hace ya tiempo que dejó de ser una amenaza situada en un horizonte futuro, y pasó a ser una realidad presente que afecta a todos los aspectos de nuestra sociedad y economía. El calentamiento global aumenta cada año su intensidad y las consecuencias catastróficas afectan especialmente a quienes tienen menos responsabilidad sobre sus causas: países del Sur global y clase trabajadora. Sin embargo, esto no puede entenderse como un fenómeno externo: estos fenómenos y la forma en la que afectan son parte de la lucha de clases. Es bajo un modelo alimentario agroindustrial orientado a la obtención de beneficios cuando una sequía o la escasez de fertilizantes genera un fuerte daño social sobre las clases populares que no pueden asumir el incremento de precios de la cesta básica de productos. Es bajo un modelo de gobernanza neoliberal que recorta hasta el mínimo los servicios de bomberos forestales cuando un incendio arrasa territorios enteros. Es bajo un modelo urbanístico especulativo y que basa su acumulación de capital en la mercantilización de la vivienda cuando un incremento de los precios de la energía obligan a miles de hogares a tener que elegir entre calentar sus casas, pagar el alquiler o comprar suficientes alimentos de calidad.

Es importante señalar que los responsables de la crisis ecológica son los responsables de multiplicar los impactos sociales de cada una de sus facetas sobre la vida de las clases populares. Al mismo tiempo, estos mismos responsables son quienes están enriqueciéndose e impulsando la inflación que estamos sufriendo en este momento, a través de sus beneficios empresariales.

Por eso, en este momento necesitamos situar en el centro de la discusión pública unas demandas que sean capaces de abordar este doble carácter de la crisis ecológica. Para ello, consideramos fundamental poner el foco en la demanda de **sistemas de abastecimiento colectivo** que cubran las necesidades básicas de la población de forma desmercantilizada. Unos elevados precios de la gasolina generan empobrecimiento y exclusión sobre la clase trabajadora en el momento en el que el uso del coche privado es una obligación ante la ausencia o inaccesibilidad de un transporte público de calidad. Unos elevados precios del gas natural o la electricidad generan pobreza energética en el momento en el que no nos queda más remedio que vivir en viviendas con aislamiento térmico deficiente y unos sistemas de calefacción ineficientes que no hemos elegido. Un aumento de los precios de los alimentos en grandes supermercados suponen un problema cuando no existen otras vías alternativas de abastecimiento de alimentos que no dependan de extensas cadenas de suministro globalizadas y controladas por grandes empresas.

En un contexto de crisis inflacionaria, crisis energética y aumento del militarismo, estas estructuras socioeconómicas se van a mostrar cada vez más incapaces de dar respuesta a las necesidades básicas de la población, causando un enorme daño social. Es ahí donde debemos insertar nuestra propuesta, a partir de demandas que puedan ser ampliamente comprendidas y compartidas por sectores amplios de la población: **Sabemos lo que debe hacerse, pero vemos día tras día cómo no lo hacen, debemos organizarnos para lograrlo.**

En nuestro horizonte de lucha contra el cambio climático se insertan la necesidad de un

cambio de modelo productivo y en concreto y como clave del mismo del energético mediante el impulso de fuentes renovables y en concreto de la generación distribuida, una política económica y social de contención del uso de la energía mediante el ahorro y la eficiencia en el marco de un decrecimiento de la intensidad energética y finalmente la expropiación de las compañías energéticas y eléctricas para que sean de titularidad pública.

Pero todo ello debemos priorizarlo en función de la urgencia social y de la conciencia y sensibilidad políticas de la sociedad. En este sentido, consideramos prioritario orientar las demandas ecosociales de esta campaña en tres aspectos clave de la crisis: movilidad, vivienda y alimentación. Desarrollamos en más detalle el contenido en el apartado de propuestas.

Así mismo, aunque en este momento consideremos prioritario centrarnos en los aspectos relacionados con un abastecimiento colectivo de las necesidades básicas, no debemos olvidarnos de otras facetas del impacto de la crisis ecológica y económica. Aquí, queremos destacar dos elementos amplios que nos parecen clave: empleos y territorio.

Una situación de poli-crisis como la actual podrá conducir previsiblemente a numerosas empresas a la situación de despidos colectivos o incluso de cierre. Pueden verse especialmente afectadas aquellas empresas muy dependientes del consumo de energía (como en el sector del metal) o de otros insumos que están aumentando fuertemente sus precios (como en el sector agroalimentario). En estos casos, nuestra acción política debe orientarse hacia evitar que esas pérdidas de empleo ocurran sin generar fuertes conflictos que pongan en el centro la necesidad de las reconversiones laborales y la ampliación de empleos públicos para la transición ecosocial. En muchos casos, se tratará de empresas que han recibido ayudas y subvenciones públicas millonarias a lo largo de las últimas décadas (como puede ser en el caso de la automoción), por lo que exigir su socialización para llevar a cabo estas reconversiones utilizando las instalaciones productivas actuales es algo que debe estar encima de la mesa.

Por otro lado, no podemos dejar de mencionar las dinámicas actuales de acumulación de capital basadas en el desarrollo de grandes infraestructuras energéticas, que afectan especialmente al medio rural. Este es el caso de grandes centrales de energías renovables, que en muchos casos se están realizando de una forma muy agresiva y con impactos muy negativos sobre determinados territorios rurales y su población. Pero también es el caso de la amenaza de reactivación de grandes proyectos de infraestructuras fósiles, como puede ser la interconexión gasística con Francia a través del MIDCat. En el segundo caso, debemos enfrentarnos a ello con un rechazo frontal, dado lo innecesario e indeseable de esta infraestructura, que nos anclaría a un consumo de combustibles fósiles en las décadas que debemos reducirlo a cero. En el primer caso, debemos exigir que la necesaria ampliación de las energías renovables se lleve a cabo respetando la soberanía de los territorios, mediante una adecuada planificación, procesos democráticos y eliminando el interés especulativo de las grandes empresas.





ENTENDER LA CRISIS, ORGANIZAR LA RESPUESTA





Como en las fichas de un dominó, la carestía de materias primas, cereales y alimentos frescos y de combustibles se ha extendido a nivel mundial y el fantasma de la inflación se ha hecho presente en EEUU y Europa, sumándose a los países que como Argentina, Turquía y otros ya están en super inflación. Ello comporta aumento de los precios y una enorme pérdida de poder adquisitivo de la clase trabajadora que, una vez más y por esta vía “financia” la recuperación del capital –como también la financia con el aumento del precio del dinero en los préstamos-, lo que complementa desde el ámbito de la demanda el expolio de la burguesía a costa del proletariado que se realiza en la esfera de la producción y la disputa por el plusvalor entre asalariados/as y patronos.

Los daños de la inflación para las y los trabajadores

El movimiento obrero se enfrenta a nuevos problemas y, por lo tanto, el sindicalismo, en tanto que es una de las expresiones más importantes y en muchos casos la primera, elemental y directa de la lucha económica y social de las clases trabajadoras en torno a la apropiación del plusvalor en la producción. Lucha que abarca temas como el salario (sea inmediato diferido en la jubilación, directo o indirecto), el empleo, las condiciones de trabajo, los derechos sociales dentro y fuera de la empresa, antes, durante y posteriormente a la vida laboral activa. Y en este momento la carestía de la vida como efecto de la inflación es el principal nodo de ataque del capital contra la clase trabajadora.

La inflación es uno de los talones de Aquiles para la clase trabajadora y más aún si como se barrunta puede darse en el futuro una recesión económica en los países centrales capitalistas occidentales y en la misma China. La suma algebraica de inflación y recesión, la estanflación puede suponer un escenario dramático (carestía, destrucción de empleo, desaparición de servicios públicos y sociales por crisis fiscal y deuda soberana). El paro afecta a una amplia de trabajadoras y trabajadores, la inflación a toda la clase y se extiende hacia otros sectores populares poniendo en riesgo sus condiciones de vida.

Según el propio BCE, entidad de orientación neoliberal y conservadora y cuyo cometido principal es preservar la estabilidad de precios pero no la defensa de la clase trabajadora, la situación actual es grave, especialmente para las clases populares: “La alta inflación actual perjudica especialmente a los hogares con rentas más bajas porque los artículos con tasas de inflación muy altas, como la energía y los alimentos, constituyen una parte comparativamente grande de la cesta de consumo”.

La primera pregunta a hacerse frente al discurso de los medios es ¿la guerra de Ucrania causó la inflación?

Y la respuesta taxativa es no. Ya existía a finales de 2021 y principios de 2022 (basta ver los mercados mayoristas mundiales) una tendencia al alza de precios en alimentos y energía

que inducían efectos inflacionistas. Existía antes del nefasto 24 de febrero. Según Euronews “Cuando el ejército ruso atacó Ucrania el 24 de febrero, los precios de los alimentos en todo el mundo ya estaban en niveles récord y es probable que la guerra haga que aumenten aún más. Los precios mundiales de los alimentos alcanzaron un máximo histórico en febrero, subiendo un 24 % más que en el mismo período del año anterior, tras un aumento mensual del 4 %.”

En nuestro caso, la economía española en 2019 se movía casi estancada, creciendo a un 1,7%; en 2020, con las medidas más duras de confinamiento, se desplomó un -8,8%; y se reactivó, en términos interanuales, hasta un 5,5% a finales de 2021, según el INE (PIBpm de oferta, índices de volumen encadenado), alcanzando su nivel máximo en Junio de 2021, momento a partir del cual el crecimiento se retoma de manera suave, sin llegar a alcanzar los niveles de producción anteriores a la crisis pandémica, pero acercándose. Hasta septiembre de 2016 la economía se encontraba en deflación, para salir de ella y volver a caer en la misma en marzo de 2020. Desde febrero de 2021 la inflación no solo volvió, sino que creció a gran velocidad, para alcanzar el 9,8% en el primer trimestre de 2022, en una tendencia que, presumiblemente, puede rondar los dos dígitos a finales de año. Debemos tener en cuenta que para ver el deterioro real del salario hay que ver el IPC medio del año anterior. En 2021 fue del 3,1%, y de marzo de 2021 a marzo de 2022 fue del 4,9%.

La reactivación de la economía se había concentrado en la vivienda, el turismo y la alimentación, por razones especulativas en los dos primeros casos, incrementando los precios por esta vía. A su vez, los precios crecen por causa del incremento de los costes del transporte y logísticos, en una división del trabajo internacional dislocada, por la creciente escasez de materias primas básicas y componentes microelectrónicos clave para la industria. La guerra en Ucrania acentúa la crisis, que ahora puede sufrir un shock importante, ante el cierre del suministro y posterior sabotaje del gaseoducto del Nord Stream que abastecía de gas desde Rusia a Centroeuropa y de rebote a economía como la española sumamente dependiente de la alemana en tres terrenos: adquisición de bienes de equipo, exportación de productos intermedios y de los agrícolas y finalmente del turismo.

La segunda cuestión es cuál es su origen: por presión/ aumento de la demanda o debida a un shock de la oferta

La primera tesis es defendida por la mayoría de los economistas convencionales, la segunda es la que se plantea desde la economía marxista. La inflación está indexada fundamentalmente a los movimientos de la oferta regida por la voluntad de los empresarios, o sea del capital.

La inflación responde en el caso español hasta en un 66% a un fenómeno de incremento de los costes desde la oferta, principalmente de la energía y en particular gas y petróleo. Ello se hace evidente al comprobar que mientras la inflación subyacente que no tiene en cuenta



la variación de precios de energía y alimentos frescos se ha movido en aumentos del 3,8% la inflación total ha ascendido al entorno del 10% y que en este momento se calcula que persiste en el al menos el 9%. Son principalmente los costes de la energía, y de manera relacionada, el transporte y la alimentación los más afectados, con crecimientos que superan hasta el 26% interanual, que arrastra al resto de la economía. El aumento de la demanda, por tanto, supone una explicación menor de la tensión inflacionaria.

¿El “culpable” de la inflación son los salarios o los beneficios?

Tal como ya se explicó en el documento de Anticapitalistas “Alternativas a la escalada de precios, la devaluación salarial y las medidas del Gobierno español” el crecimiento de los salarios que realmente están estancados o con crecimientos reales negativos no ha sido en ningún caso una explicación de recibo. El incremento salarial pactado, que afectó solo a 8,3 millones de personas asalariadas en 2021, fue de apenas el 1,47%, evolucionando, en lo que va de año, hasta el 2%, cifra que también se ha aplicado a personal de las administraciones públicas. Los convenios sectoriales, cuando se negocian, apenas cubren a poco más de 3,5 millones de trabajadores, apenas un 20,6% de la población asalariada (datos de 2021), pactan salarios que crecen muy por debajo de la inflación, en este año 2022, apenas un 2,59%, por debajo del 6,2% del IPC de 2021.

Esto quiere decir que más de un tercio de la clase trabajadora ha tenido evoluciones inferiores a todas las anteriores cifras, y que, aun teniendo incrementos todos habrán tenido una sensible merma en su capacidad de compra. Basta poner esos datos en relación con otra realidad: Las grandes empresas españolas que cotizan en bolsa en 2021 superaron los niveles de beneficios previos a la pandemia y obtuvieron un beneficio neto conjunto récord de 58.543 millones de euros. Y en concreto las mayores beneficiarias han sido las eléctricas, los bancos –por el diferencial de los tipos que pagaban y cobraban en sus márgenes de intermediación- y los grandes supermercados que han aumentado hasta un 15% sus precios en alimentación a la vez que los productores no hayan visto una retribución justa y en muchos casos incluso ha sido por debajo de costes.

Y, sin embargo, en este momento neoliberales y neokeynesianos reclaman contención salarial como centro de lo que llaman “pacto de rentas” porque... ambos pretenden hacer recaer el peso de la recuperación de beneficios al nivel





que los empresarios deseen mediante una combinación de pérdida de derechos laborales y sociales, aumento de la precariedad, bajos salarios, la existencia de una bolsa de desempleo

que posibilite la existencia de un “ejército industrial de reserva” que debilite al movimiento obrero. Tal como plantea William Vickrey hay que romper con el círculo vicioso de la explicación capitalista del papel de los salarios en la inflación que están en la base de los razonamientos de los pactos de rentas neoliberales y social liberales: «Se trata de vendarnos los ojos y de suscitar el temor a la inflación para justificar el mantenimiento del “ejército de reserva”, arguyendo que se intenta evitar que los salarios inicien una espiral “salarios-precios”. Curiosamente, nunca se oye hablar de una “espiral renta-precios” ni de una “espiral intereses-precios”, aunque esos costos también se deben tener muy en cuenta al fijar los precios».

La interpretación marxista

La inflación desde un punto de vista marxista es un mecanismo de ajuste del capital para preservar la tasa de beneficio en el que se da una batalla interna entre empresarios para recomponer los sectores que cada uno domina (competencia inter capitalista e interimperialista) pero sobre todo supone un instrumento de succión de rentas, ingresos y riqueza a favor de la burguesía a costa de las clases trabajadoras. La inflación no es fundamentalmente resultado de la especulación coyuntural y “malévola”, aunque la hay por supuesto como es el caso de la subida de precios del aceite de girasol almacenado antes de estallar la guerra de Ucrania y ante la expectativa de que se prolongaría, bien al contrario es una política que se genera en ciertos momentos para producir ganadores y perdedores. Michel Husson afirmaba que: “La inflación resulta principalmente de la voluntad de las empresas de enderezar su tasa de beneficio si ella es inferior al nivel que desean». Dicho de otro modo la inflación se construye y no es producto ciego de las fuerzas del mercado.

Las explicaciones de la economía burguesa convencional sobre la inflación y por tanto de las políticas aplicables para detenerla son inconsistentes y tienen una función de encubrimiento ideológico para justificar las agresiones antisociales. Por ello ocultan el papel central que juega la recomposición de los beneficios y de la tasa de ganancia en la aparición de los fenómenos inflacionistas. Tal y cómo puede observarse a lo largo de la historia reciente par-

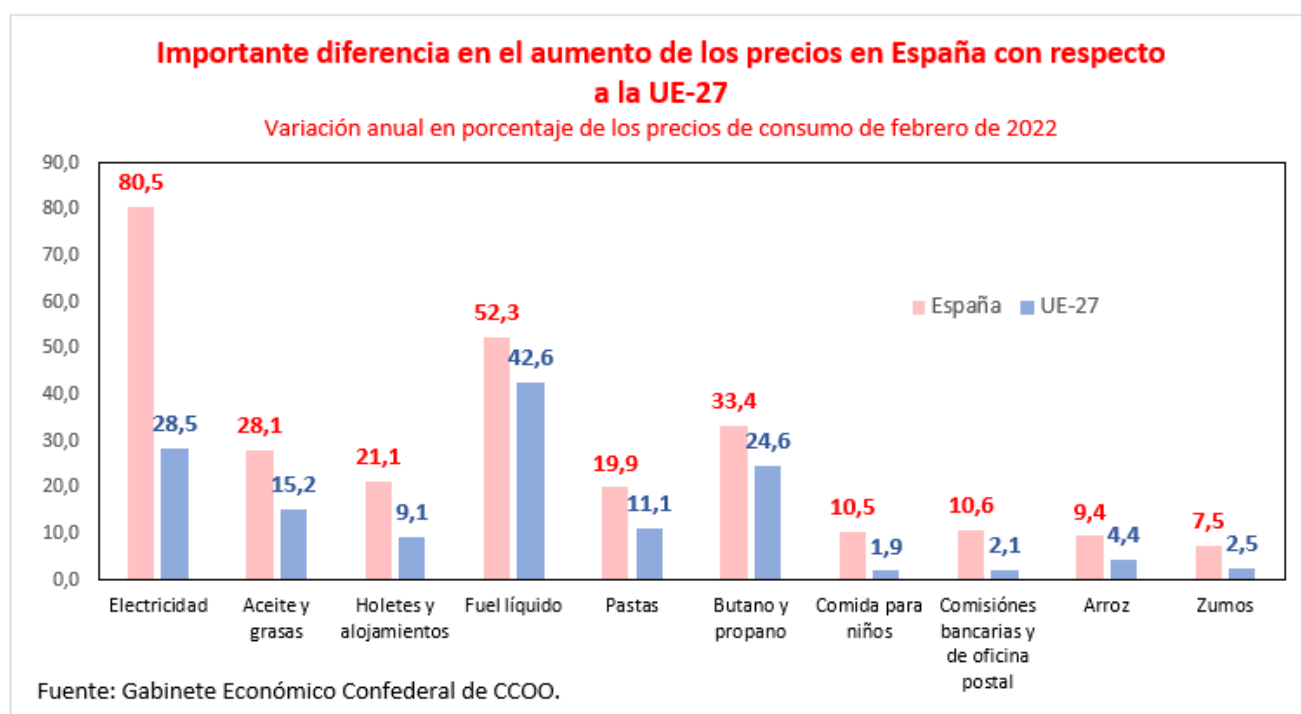


ticularmente en los productos energéticos y alimentos no elaborados. El caso más emblemático fue el de la recuperación de la tasa de ganancia en los años 70 que combinó la inflación de precios y las medidas neoliberales antisalariales. La burguesía aumentó su tasa de ganancia tras la derrota obrera de los años 80 y sólo entonces disminuyó la inflación en los países industrializados centrales.

Sobre la inflación en el caso del Estado español

En la espiral de precios, no solo debemos mirar la evolución de los salarios. También hay que hacerlo con los beneficios. Su relación marca una relación de apropiación, o de distribución, según se mire, condicionada por el régimen de competencia. Los precios se asignan por el empresario, dentro del mercado, en virtud de lo cual, al conjunto de sus costes, entre los que están los salarios, se le añade un margen que, de realizarla venta, comportaría su excedente o masa de beneficios.

Las grandes empresas sostienen sus precios altos para recuperar beneficios y actuando ante la previsión de nuevos incrementos de costes, especulando con el acaparamiento. Las pequeñas se ven ahogadas, también con tasas de rentabilidad más bajas. Debe notarse, que las empresas medianas están teniendo mejores rendimientos, siendo a menudo empresas ligadas a grandes



grupos empresariales, en lo que viene a llamarse empresas-red, muchas de ellas transnacionales. La evolución de los beneficios no permite explicar por sí mismo el ascenso de los precios, sujetos a una competencia del mercado globalizado, y solo parcial y coyunturalmente condicionado por algunos oligopolios.

Sin embargo, hay algunos mercados dominados por oligopolios que sí determinan precios de manera clave. Entre ellos el de la energía y, en particular, el regulado por precios marginales en el suministro de electricidad, que genera una apropiación indebida de “beneficios caídos del cielo” a algunos de sus subsectores, especialmente la energía nuclear y el hidráulico, que ingresan a razón del precio del coste más caro de otras fuentes de energía. Siendo el gas el que se está incrementado en mayor medida, la fijación de su precio arrastra el precio del mix energético en su conjunto hacia arriba.

Si se desacoplase el precio del gas del sistema marginalista de fijación del precio de la luz, buena parte de esa presión desaparecería. Eso contendría durante un tiempo la evolución de los costes energéticos, pero no interrumpiría por sí mismo la evolución ascendente a largo plazo debido a la menor disponibilidad y extracción barata de estas materias primas. Sea como fuere, este sistema de precios para la energía en España, con otras prácticas especulativas en otros sectores, es sumamente abusivo, y explica el incremento diferencial de precios en España respecto a la UE.

En definitiva, la espiral de precios no se explica por los salarios. En cuanto al papel de los beneficios puede explicar cierta evolución temporal en algunos sectores con marcado régimen oligopolístico, pero en términos generales la tasa de beneficios, siguiendo el ciclo industrial, tiende a disminuir. En este sentido, lo que explica la inflación es el ascenso del coste de la energía, de determinadas materias primas, y, a partir de ahí, de su traslado al conjunto de la economía, combinado con problemas de suministro de la cadena de valor global fruto de una globalización revisada por la guerra comercial.

Las soluciones para combatir la inflación

A) LAS VIEJAS RECETAS

Para el capital parece que las opciones más convenientes podrían ser tres:

- Intensificar el trabajo.
- Devaluar los salarios.
- Destruir capital sobrante, posiblemente aplicando una política monetaria restrictiva.

Esta línea sería sumamente lesiva para los trabajadores. Por de pronto, el empresariado está aplicando la devaluación salarial, en términos reales medios, y en algunos casos, nominales. Esta línea, combinada con la intensificación del trabajo y mejoras de la productividad, podría

contribuir a restaurar algo la tasa de beneficio, pero, sin embargo, deterioraría la demanda y las consiguientes expectativas de negocio.

Al capital le resulta crucial una política de devaluación salarial, que ha logrado parcialmente pero que no es suficiente para restaurar la rentabilidad. Lo que significa que seguirá insistiendo en esta vía y no en la utópica y reaccionaria del “reparto de los costes de la crisis”.

El capital no ha destruido capital de manera muy amplia, que sería una fórmula de reducir la composición orgánica del capital. Pero sí ha apostado por una fuerte concentración empresarial. Es cierto que las empresas se han podido desendeudar parcialmente, pero a costa de un endeudamiento público de alcance histórico. Ahora mismo, está en curso una aplicación de una política monetaria más restrictiva, con un ascenso de los tipos de interés y una retirada progresiva de la flexibilidad cuantitativa del BCE.

Quienes piensan que la solución a la inflación es la vieja receta monetarista de aumentar el precio del dinero, no sólo preparan vientos recesivos, sino que además no tienen presente que la política ultra expansiva de los años anteriores no desencadenó procesos inflacionarios porque si bien podría haberlos posibilitado no lo hizo porque requiere de otros factores como los aquí analizados. En este momento la elevación de los tipos de interés supondrá destrucción de empleo, aumento del precio del dinero para los particulares y serían ineficaces para contener la inflación porque pueden contener la subyacente pero la causada por la escala de los precios de la energía y demás factores señalados. El aumento del precio del dinero propiciado por la FED o el BE puede provocar el “parón” por lo que el fantasma de la recesión puede hacerse realidad o mejor dicho sumarse a los efectos de la crisis de oferta energética y provocar un periodo de recesivo.

Un asunto en concreto especialmente grave en el Estado español: el incremento de los intereses de las hipotecas –que no se incluyen el IPC por no tener la consideración de gastos de consumo sino financieros- y sin embargo para la clase trabajadora evidentemente son un gasto puro y duro reflejan lo que arriba se apuntaba y que Marx en *El Capital* calificó esta extracción de rentas financiero-inmobiliarias como un complemento a la explotación primaria, como una explotación secundaria en toda regla pese a darse en otro espacio al primerio: *“Tratase de una explotación secundaria, que discurre a la sombra de la explotación primaria, o sea, la que se realiza directamente en el mismo proceso de producción”*.

Parece que las viejas medidas monetaristas en el contexto actual no sólo son insuficientes sino más que probablemente contraproducentes.

B) HAY ALTERNATIVAS QUE SALEN DE LA LÓGICA DEL CAPITAL



Michael Roberts plantea que *“Hay una alternativa a la restricción monetaria o salarial, estas propuestas políticas de la corriente principal, que actúan en interés de los banqueros y las empresas para preservar la rentabilidad. Se trata de impulsar la inversión y la producción mediante la inversión pública. Eso resolvería el choque de la oferta. Pero una inversión pública suficiente para ello requeriría un control significativo de los principales sectores de la economía, en particular la energía y la agricultura; y una acción coordinada a nivel mundial. Actualmente, esto es una quimera. En su lugar, los gobiernos “occidentales” pretenden recortar la inversión en los sectores productivos y aumentar el gasto militar para luchar en la guerra contra Rusia (y la siguiente China)”*.

Pues precisamente se trata de hacer realidad la utopía. Por un lado, ello exige procesos de desprivatización de amplios sectores de la economía y en concreto los estratégicos de la energía y la alimentación, la banca y los transportes. Y organizar las decisiones económico-sociales mediante la planificación democrática de la economía socializada. Y desarrollar junto al sector público estatal haya otras formas de propiedad colectiva y social y todo ello presidido por la participación activa y la autogestión de las y los implicados en cada ámbito y en todos los niveles.

Pero mientras tanto y para avanzar en ello y en concreto en la movilización y organización de las y los trabajadores con una perspectiva socialista es necesario desarrollar la lucha por medidas concretas y necesarias para defender sus intereses y derechos. Para ello hay que impulsar la lucha por políticas sociales y laborales justas, combatir el problema del ascenso de los costes energéticos mediante el impulso de un cambio del modelo productivo y energético y proponer una política económica internacional diametralmente opuesta a la existente.





ENTENDER LA CRISIS, ORGANIZAR LA RESPUESTA





ENTENDER LA CRISIS, ORGANIZAR LA RESPUESTA

Nuestras propuestas



NO A LA GUERRA

1. Retirada inmediata de las tropas rusas de Ucrania. Fuera el imperialismo estadounidense y europeo de la región.
2. Asegurar la libre determinación del pueblo ucraniano defendiendo su neutralidad y no alineamiento ante todos los imperialismos.
3. Derecho de autodeterminación para el Donbass mediante la realización de referéndums reales y democráticos bajo la supervisión de países no alineados en el conflicto.
4. Cancelación de la deuda externa a Ucrania, fin de la política de sanciones contra Rusia.
5. Desmilitarización y desnuclearización de las fronteras. Fin del envío de armas por parte de países imperialistas.
6. No al incremento de la fabricación y comercialización internacional de armamento. Alto a los planes de inversión pública en la industria militar española.
7. No al aumento de los presupuestos militares decidido en la reunión de Madrid de la OTAN para sus países miembro ordenado por los EE UU.
8. No al incremento del gasto militar en la propuesta de Presupuestos Generales del Estado de 2023 del gobierno de coalición que se dispara un 26,3% de aumento para el Ministerio de Defensa que alcanza la cifra record de 12.825 millones de € y eleva la factura de los grandes programas de armamento en un 72% hasta alcanzar los 4.900 millones de €.

MEDIDAS ECOLÓGICAS DE URGENCIA

Además de impulsar un horizonte con:

- un nuevo modelo energético basado en las fuentes renovables de propiedad pública y social;
- un modelo económico basado en vectores endógenos y menos extravertido puesto al servicio de las necesidades humanas y principalmente cubierto con las potencialidades productivas propias de cada territorio; y
- un modelo productivo sobrio y auto contenido que cubra las necesidades esenciales y no rebase la biocapacidad del planeta, lo que implica también un modelo de reindustrialización y de agricultura capaz de satisfacer las necesidades de la sociedad de forma suficiente ambientalmente sostenible, lo que supone un replanteamiento en profundidad de qué, cómo y para quién producir.

Y por ello también para llevarlo a cabo la necesidad de promover y asegurar la participación activa de la sociedad en las decisiones mediante la planificación democrática, planteamos las siguientes medidas de urgencia.

1. Transporte público gratuito



En la mayoría de ocasiones, no elegimos movernos por gusto. La mayoría de desplazamientos diarios se realizan para ir a un puesto de trabajo asalariado, o para llevar a cabo otras tareas sobre las que no tenemos libertad de decisión.

La implantación de un transporte público gratuito es una demanda que lograría 3 objetivos: reducir el gasto económico de los hogares, reducir la demanda energética y las emisiones de CO2 asociada al transporte, y mejorar la calidad de vida de la mayoría de las clases populares.

- **En el corto plazo:**
 - Transporte público gratuito en todas sus modalidades.
 - Aumento de las frecuencias, mejora del mantenimiento y contratación de más personal.
 - Paralización de la ampliación de aeropuertos y eliminación de los vuelos domésticos de corta distancia sustituibles por viajes en tren.

- **En el medio plazo**

- Plan de ampliación y mejora de infraestructuras de ferrocarril, con especial énfasis en el uso del Cercanías.
- Aplicar unos Servicios de Movilidad Garantizados en el conjunto de territorio estatal que lleven opciones de transporte público allá donde actualmente son inexistentes o muy deficientes.

Reorganizar el urbanismo de las ciudades, quitándole prioridad al coche privado y desarrollando las infraestructuras que permitan realizar la mayoría de desplazamientos andando, en bicicleta o en transporte público.



2. Garantía del suministro energético en hogares

El aumento de los precios energéticos afecta de forma directa a miles de hogares que ven aumentar sus facturas y tienen que elegir qué gastos básicos recortar. Elegir entre calentar sus casas, pagar el alquiler o comprar suficientes alimentos de calidad. Esta situación afecta especialmente a mujeres y personas mayores, debido a la división sexual de los trabajos reproductivos y a pasar una mayor cantidad de tiempo en la vivienda.

Esta situación se acentúa en el momento en el que gran parte de las calefacciones y calderas de agua caliente del estado español funcionan con gas natural, siendo este el combustible fósil que más se ha encarecido. Sin embargo, en la mayoría de los casos, tanto estas instalaciones como un aislamiento térmico ineficiente no han sido elegidos por quienes habitan esas viviendas. Al mismo tiempo, ante la urgencia de la transición energética, no podemos desaprovechar la posibilidad de aumentar la producción eléctrica renovable en espacios urbanos por condicionarlo a inversiones y desarrollos de autoconsumo realizados por unas clases populares empobrecidas por la inflación.

- **En el corto plazo:**

- Aplicación de un régimen de tarifas energéticas (electricidad y gas natural) en 3 tramos: Básico, Uso, Consumo; siendo el básico gratuito.
- Instalación pública de instalaciones de producción eléctrica fotovoltaica en los tejados de los espacios urbanos edificados; modificación de los planes urbanísticos necesarios para ello.
- Acelerar los planes de rehabilitación energética de viviendas, empezando por aquellos hogares de menores ingresos.



- Plan estatal de sustitución de las calderas de gas natural de viviendas por bombas de calor, u otras opciones adaptadas a las necesidades locales de demanda de climatización y recursos renovables.
- **En el medio plazo**
 - Desmantelamiento de las redes de distribución de gas natural en las ciudades.
 - Introducir condiciones sobre la propiedad de las viviendas rehabilitadas para impedir que esto produzca un aumento de los alquileres.



3. Implantación de una red de supermercados públicos y de comedores comunitarios

La actual crisis ecológica y de inflación también afecta especialmente al acceso a los alimentos. La dependencia del sector agroindustrial de unas enormes cantidades de combustibles fósiles en la maquinaria, los fertilizantes, el transporte y la conservación hace que sea especialmente vulnerable a una situación como la actual. Al mismo tiempo, esta situación se acentúa por las propias consecuencias del calentamiento global, como son episodios prolongados de sequía, desajustes de temperaturas e inundaciones.

Todo ello ha propiciado un aumento generalizado de los precios de los alimentos durante los últimos años. Esto afecta especialmente a las clases populares en el momento en el que apenas existen alternativas reales de abastecimiento de alimentos a gran escala más allá de las grandes cadenas y superficies de comercialización, como supermercados. Estas grandes empresas velan por maximizar su beneficio, sin importarles los impactos que pueda tener una subida de precios, en muchos casos injustificada. Por este motivo, esta situación pone sobre la mesa la urgencia de establecer modos alternativos de abastecimiento de alimentos, no mercantilizados y que velen por satisfacer las necesidades básicas de toda la población. Es ahí donde se inserta nuestra demanda de supermercados públicos y comedores comunitarios. Los comedores comunitarios, además supondrían un ahorro colectivo de trabajos reproductivos, favoreciendo una liberación de tiempo.

- **En el corto plazo:**
 - Crear una red de supermercados públicos, abastecidos siempre que sea posible por cadenas de suministro locales y aseguren un abastecimiento básico de alimentos a toda la población.





- Aplicar un control de precios sobre los alimentos básicos.
- Desarrollar una red de comedores de gestión pública-comunitaria, accesibles por cualquier persona y que favorezcan una implicación colectiva en las tareas.
- **En el medio plazo**
 - Reforma agraria hacia técnicas agroecológicas que reduzcan la dependencia de combustibles fósiles y fertilizantes.
 - Regulación de todas las cadenas de comercialización alimentaria para asegurar circuitos locales de distribución.

FRENTE A LA INFLACIÓN

1. La clase trabajadora necesita un cambio de 180 grados en las políticas salariales y laborales

1. Una política salarial que garantice, como mínimo, el poder adquisitivo, especialmente de todos los salarios por debajo de una cantidad que podríamos estimar en 2.000 euros mensuales. Acompañada de la aplicación de la escala móvil de salarios para combatir la pérdida incesante de poder adquisitivo de los ingresos por el trabajo, lo que supone que los salarios se actualicen automáticamente mensualmente con respeto a la inflación registrada. El aumento debe ser lineal e igual para todos/as como resultado de repartir en la plantilla el incremento de la masa salarial total del colectivo correspondiente a la subida del IPC. Con ello se defendería el poder adquisitivo de todos/as y disminuiría la brecha salarial.
2. Apostar por transporte público colectivo gratuito, para garantizar que las necesidades de movilidad no mermen el sueldo de los trabajadores y también para facilitar el descenso del consumo energético. Como medida inmediata las compañías energéticas deberán que proporcionar combustible gratuitamente a las compañías públicas de transporte y a precios baratos a las concesionarias de servicios locales, regionales o interregionales.
3. Una política de estabilidad en el empleo, que permita dar seguridades y poder proyectar una vida coherente y libre, castigando la celebración de contratos temporales (mayores cotizaciones e indemnizaciones que el empleo indefinido), prohibiendo el despido en empresas con beneficios, causalizando el despido y aplicando indemnizaciones disuasorias.
4. La aplicación de medidas de reducción del tiempo de trabajo y el reparto de todos los trabajos, dentro de una política encaminada al pleno empleo. Por ello abogamos por la jornada laboral semanal de 30 horas.



5. Una política social desarrollada en materia de pensiones e ingresos universales garantizados.
6. Paralización inmediata de todos los desahucios. Obligación de alquiler social, en la misma vivienda, por parte de los grandes propietarios a las inquilinas en situación de riesgo de exclusión residencial. Limitación de los precios del alquiler que impida nuevas subidas, así como la prohibición de las subidas de las hipotecas y regulación que ajuste los precios del alquiler a la situación socio-económica de las familias. Activación inmediata del parque público de vivienda a partir de las viviendas de la Sareb.
7. Expropiación del parque de viviendas en manos de bancos, fondos buitres y grandes tenedores para el parque público de vivienda bajo control social.

2. Impulsar política económica e internacional diametralmente opuesta a la existente

1. Una política que impulse la iniciativa e inversión pública y la cooperación con la economía social y solidaria, donde los servicios de interés general lleguen de manera universal, de manera gratuita o a precios muy asequibles como es el caso de la vivienda.
2. En concreto es estratégica la inversión y subvenciones públicas, acorde con lo anteriormente afirmado, en industrias como la ferroviaria y la naval.
3. Una reforma fiscal soportada sobre las rentas de los beneficios y la gran propiedad.
4. Una suspensión selectiva de las deudas que se consideren ilegítimas.
5. Confrontar con cualquier salida militarista a la crisis. Ello que implica a) que los Presupuestos Generales del Estado en lugar de incrementar el gasto militar –como se ha hecho- reduzcan el mismo; y b) poner coto y fin a la producción y comercialización internacional de armas. Acompañado, a su vez, de dos medidas políticas de gran impacto económico: a) la salida de la OTAN acabando con los compromisos de gasto que comporta en armamento y despliegue de efectivos; y b) el cierre de las bases militares de potencias extranjeras en territorio del Estado español revocando los tratados que las amparan.



+INFO



anticapitalistas